

DE *EL VIAJE DEL BEAGLE* (fragmentos)

Charles Darwin

Selección, traducción y nota: Ricardo Cázares

Con motivo del bicentenario del nacimiento del científico inglés Charles Darwin, y de los 150 años de la publicación de El origen de las especies, su trabajo fundamental sobre la selección natural y la teoría de la evolución, El poeta y su trabajo ha querido publicar una pequeña selección de su notable prosa. Hemos decidido presentar unos fragmentos de El viaje del Beagle, el informe de Darwin sobre el viaje de cinco años (1831 a 1835) que realizara a bordo del HMS Beagle, relatando sus hallazgos biológicos y geológicos, así como sus conjeturas y reflexiones acerca de las causas y teorías en torno a una gran cantidad de fenómenos. Quien lee a Darwin advierte enseguida una sensibilidad profunda y refinada. No se trata sólo de un texto científico, sino de un trabajo intensamente personal, cargado de curiosidad, humor y, por momentos, de lirismo. Basta hojear los pasajes patagónicos o el recuento de su paso por Tahití, para descubrir una mirada tan habituada al análisis del mundo natural como dispuesta a captar la belleza en las escenas y materiales más humildes, y deleitarse en la descripción de los pueblos, las tierras y los pequeños gestos y detalles que conforman la única riqueza que tenemos a la mano.

Capítulo VIII

BANDA ORIENTAL Y PATAGONIA

(Fragmentos)

14 de noviembre.— Salimos de Monte Video por la tarde. Mi intención era seguir hacia Colonia del Sacramento, situada en la ribera del Río de la Plata en dirección contraria a Buenos Aires, y de ahí, siguiendo el Uruguay, a la aldea de Mercedes en el Río Negro (uno de los muchos ríos que llevan este nombre en Sudamérica), y desde ese sitio volver directamente hacia Montevideo. Dormimos en casa de mi guía en Canelones. Nos levantamos muy temprano en la mañana, esperando poder cabalgar una buena distancia; pero fue en vano, puesto que todos los ríos se habían desbordado. Debimos cruzar los arroyos de Canelones, Santa Lucía y San José en lanchas, perdiendo así mucho tiempo. En una excursión anterior crucé el Santa Lucía cerca de su embocadura, y me sorprendió observar la facilidad con la que nuestros caballos, aun no estando habituados a nadar, cruzaron un tramo de al menos seiscientas yardas de ancho. Cuando mencioné lo anterior en Montevideo, me contaron de una embarcación, a bordo de la cual viajaban unos rufianes con sus caballos, que había naufragado en el Plata, y de cómo uno de los caballos nadó siete millas hasta la ribera. A lo largo del día me divertí ver la destreza con la que un gaucho forzaba a su inquieto caballo a cruzar un río. Habiéndose despojado de su ropa, saltó sobre el lomo y cabalgó hacia el agua hasta no poder tocar el fondo; luego, deslizándose por la grupa se aferró a la cola, y cada vez que el animal se volteaba el hombre lo asustaba de vuelta, salpicándole agua en la cara. Tan pronto como el caballo tocó fondo en la otra orilla, el hombre volvió a montarse de un jalón, y quedó perfectamente sentado, con la rienda en la mano, antes de que el caballo alcanzara la ribera. Un hombre desnudo sobre un caballo desnudo es un hermoso espectáculo; no tenía idea de lo bien que un animal se ajusta al otro. La cola de un caballo es un apéndice muy útil; he cruzado un río en una lancha que llevaba a cuatro personas, la cual estaba

siendo arrastrada del mismo modo que el gaucho. Si un hombre y un caballo deben cruzar un río ancho, la mejor solución es que el hombre se aferre al borrén de la silla o a la crin con una mano, y se ayude con la otra.

Dormimos y pasamos el siguiente día en la estación de Cufre. Por la tarde arribó un mensajero o cartero. Llevaba un día de atraso, debido al desbordamiento del Río Rosario. Lo cual no tenía demasiada importancia, ya que, aunque había pasado por algunas de las principales ciudades de la Banda Oriental, ¡su equipaje consistía en dos cartas! La vista desde la casa era agradable; una superficie verde y ondulante con atisbos remotos del Plata. Me doy cuenta que ahora miro esta provincia con ojos muy distintos a los de mi llegada. Recuerdo que entonces la creí excepcionalmente llana; pero ahora, después de galopar sobre las pampas, mi única sorpresa consiste en pensar que me indujo a llamarla plana. El terreno es una serie de ondulaciones, quizá no del todo considerables por sí mismas, pero, en comparación con las planicies de Santa Fe, verdaderas montañas. Gracias a estas irregularidades existen arroyos en abundancia y la hierba es verde y exuberante.

19 de noviembre. — Al pasar por el valle de Las Vacas, dormimos en la casa de un norteamericano que operaba un horno de cal en el Arroyo de las Víboras. Por la mañana cabalgamos hacia un cabo que penetra en la ribera de un río, al cual se le llama Punta Gorda. En el trayecto intentamos encontrar un jaguar. Vimos muchas huellas frescas y buscamos en los árboles, en los que se dice que afilan sus garras; pero no conseguimos inquietar a ninguno. Desde ahí el Río Uruguay presentaba a nuestros ojos un noble volumen de agua. Por la transparencia y velocidad de su corriente, su apariencia era muy superior a la de su vecino, el Paraná. En la orilla opuesta diversos ramales de ese río entran al Uruguay. Con el brillo del sol, los dos colores de las aguas podían distinguirse claramente.

Por la tarde seguimos nuestro camino hacia Mercedes sobre el Río Negro. De noche pedimos permiso para dormir en una

estancia a la que casualmente llegamos. Era una finca muy grande, de diez leguas cuadradas, cuyo dueño es uno de los grandes terratenientes del país. Su sobrino estaba a cargo de la propiedad, y con él había también un capitán del ejército, que hacía apenas unos días había escapado de Buenos Aires. Tomando en cuenta su situación, su charla resultó bastante entretenida. Expresaron, como era costumbre, un asombro desmedido ante el hecho de que el globo fuese redondo, y apenas podían dar crédito a que un hoyo, de ser lo bastante profundo, pudiera salir por el otro lado. Sin embargo, sabían de un país en el que había seis meses de luz y otros seis de oscuridad, y en el que los habitantes eran ¡muy altos y delgados! Tenían curiosidad por el precio y las condiciones de los caballos y el ganado en Inglaterra. Al descubrir que nosotros no atrapábamos a nuestros animales con el lazo, exclamaron: “Ah, entonces no usan nada más que las bolas”: la idea de un campo cercado era algo bastante nuevo para ellos. Finalmente el capitán me dijo que deseaba hacerme una pregunta, y que estaría muy agradecido si yo la contestaba con absoluta honestidad. Me estremecía pensar en qué tan profundamente científica sería. De hecho, fue “si las damas de Buenos Aires no eran en verdad las más atractivas de todo el mundo”. Yo, como un renegado, respondí, “lo son, de un modo encantador”. Añadió, “Tengo otra pregunta: ¿las damas en otras partes del mundo usan peinetas tan grandes como las nuestras? Solemnemente, le aseguré que no. Estaban absolutamente encantados. El capitán exclamó: “¡Mira nada más! Un hombre que ha visto medio mundo dice que es verdad; siempre lo creímos, pero ahora lo sabemos.” Mi excelente juicio en lo que toca a la belleza y las peinetas me procuró un recibimiento de lo más hospitalario; el capitán me obligó a tomar su cama, mientras que él dormiría en su recado.

22 de noviembre. — Los gauchos son famosos por ser jinetes perfectos. La idea de ser derribados, de que el caballo haga lo que quiera, nunca cruza por su mente. Su criterio sobre un buen jinete supone un hombre que pueda controlar a un potro sin domar, o que, si su caballo tropieza, caiga de pie, o que sea capaz de reali-

zar tales hazañas. Oí acerca de un hombre que apostó que haría caer a su caballo veinte veces y que, de esas, en diecinueve él no sería derribado. Recuerdo haber visto a un gaucho montando a un caballo muy rebelde que en tres ocasiones se encabritó tanto que cayó violentamente sobre su propio lomo. Con una frialdad poco común el hombre juzgó el momento propicio para saltar, ni un instante antes o después del justo; y tan pronto como el caballo se levantó, el hombre volvió a montarse en su lomo hasta que arrancaron al galope. El gaucho nunca parece hacer esfuerzo muscular alguno. Un día, mirando a un buen jinete, mientras galopaba velozmente junto a él, pensé, “vas tan despreocupado sobre tu silla, que si el caballo se inquieta seguro caerás”. En ese momento un avestruz macho saltó de su nido justo bajo el hocico del caballo: el potro dio un brinco hacia el costado como un ciervo; pero, en cuanto al hombre, sólo puede decirse que se agitó y se asustó con su caballo.

En Chile y Perú se toman más molestias con el hocico del caballo que en La Plata, y esto, evidentemente, es una consecuencia del carácter escabroso del terreno. En Chile, no se considera que un caballo está del todo domado hasta que no sea capaz de frenarse en plena carrera y quedar de pie, cualquiera sea el lugar —por ejemplo, sobre la capa del jinete arrojada al suelo; o, de nuevo, embestirá contra un muro y encabritado, raspará la superficie con sus cascos. He visto a un animal abalanzándose con brío, la rienda entre el pulgar y el índice, llevado a galope a través de un patio, y después siendo obligado a girar alrededor del poste de una baranda a gran velocidad, pero a una distancia tan uniforme que el jinete, con su brazo extendido, mantuvo en todo momento un dedo frotando el poste. Luego, trazando una media pirueta en el aire, con el otro brazo extendido de igual forma, giró, con una fuerza asombrosa, en dirección opuesta.

Un caballo como ése está bien domado; y aunque en principio esto parezca inútil, es justamente lo contrario. Se trata simplemente de llevar a la perfección aquello que es una necesidad diaria. Cuando un novillo es sometido y enlazado, ocasionalmente galo-

pará en círculo, y de no estar bien domado, el caballo, alarmado por la enorme tensión, no girará de buena gana como el eje de una rueda. Como consecuencia de ello, muchos hombres han muerto; ya que si el lazo se llegara a enroscar alrededor del cuerpo del hombre, dada la fuerza contraria producida por los animales, sería casi instantáneamente partido por la mitad. Las carreras se manejan siguiendo ese mismo principio; el recorrido es de unas 200 o 300 yardas solamente, con la intención de tener caballos que puedan hacer *sprints* veloces. A los caballos de carrera se les entrena no sólo para pararse con los cascos sobre una línea, sino también para que sean capaces de tirar las cuatro patas al mismo tiempo, de modo que con el primer salto se aproveche en su totalidad la fuerza de los cuartos traseros. En Chile me contaron una anécdota, que estoy seguro, es cierta; y permite ilustrar con claridad el uso de un animal correctamente domado. Un hombre respetable iba cabalgando cuando se encontró con dos tipos, uno de los cuales montaba un caballo que el hombre sabía que le había sido robado. Los retó; ellos respondieron desenvainando sus sables y persiguiéndolo. El hombre, que montaba una bestia noble y veloz, siguió adelante: al pasar por un matorral tupido, giró alrededor de éste, frenando en seco a su caballo. Los perseguidores se vieron obligados a pasar de largo. Entonces, el hombre salió disparado justo detrás de ellos, hirió a uno, enterró su puñal en la espalda del otro, recuperó su caballo de manos del ladrón moribundo y cabalgó de vuelta a casa. Para realizar tales proezas se necesita un par de cosas: un freno de lo más severo, como el de los mamelucos, cuyo poder, aunque rara vez empleado, es bien conocido por el animal; y grandes espuelas sin filo, que puedan aplicarse como un simple raspón, o como un instrumento de extrema tortura. Considero que con unas espuelas inglesas, cuyo roce más delicado perfora la piel, sería imposible domar a un caballo a la manera sudamericana.

26 de noviembre.— Durante los últimos seis meses me ha sido posible estudiar un poco el carácter de los habitantes de estas provincias. Los gauchos o campesinos son muy superiores a aquellos

que viven en las ciudades. El gaucho es invariablemente servicial, cortés y hospitalario: no me topé con un solo caso de descortesía o inhospitalidad. Es modesto, respetuoso de su país y de sí mismo, e igualmente impetuoso y audaz. Por otra parte, se cometen muchos robos, y hay demasiado derramamiento de sangre: el hábito de portar siempre un cuchillo es la causa principal de lo anterior. Resulta lamentable escuchar cuántas vidas se pierden en disputas triviales. Al pelear, cada uno intenta marcar el rostro de su adversario rajando su nariz o sus ojos, como lo demuestran las profundas y horrorosas cicatrices en sus caras. Los robos son el resultado natural de la práctica generalizada de los juegos de azar, el beber en exceso y una indolencia excesiva. En Mercedes le pregunté a un par de hombres por qué no trabajaban. Uno de ellos me respondió gravemente que los días eran demasiado largos; el otro que era demasiado pobre. El número de caballos y el derroche de comida han destruido todas las industrias. Además, hay demasiados días festivos; y nuevamente, nada puede prosperar si no se comienza con la luna creciente; de modo que la mitad del mes se pierde por estas dos razones.

6 de diciembre. — El Beagle zarpó del Río de la Plata, para nunca más adentrarse en su torrente turbio. Dirigimos el rumbo hacia Puerto Descado, en la costa de la Patagonia. Antes de continuar, deseo presentar algunas observaciones realizadas en alta mar.

Muchas veces, cuando el barco se había alejado varias millas de la boca del Plata, y en otra oportunidad, lejos de la costa de la Patagonia Norte, nos hemos descubierto rodeados de insectos. Una noche estábamos a unas diez millas de la Bahía de San Blas, cuando un gran número de mariposas, en grupos o bandadas de incontables miríadas, se dispersó hasta donde la vista alcanzaba. Incluso con la ayuda de un telescopio fue imposible encontrar un solo punto en el espacio libre de mariposas. Los marineros exclamaron que “estaba lloviendo mariposas” y, de hecho, eso parecía. Había más de una especie, pero la mayor parte pertenecía a una especie muy similar, aunque no idéntica, a la *Colias edusa* común

en Inglaterra. Algunas mariposas nocturnas e himenópteros las acompañaban; y un magnífico escarabajo (*Calosoma*) llegó volando a cubierta. Se sabe de otros casos en que este escarabajo ha sido atrapado lejos de la costa; lo cual resulta de lo más extraordinario, ya que la gran mayoría de los carábidos nunca o casi nunca llegan a volar. El día había estado espléndido y tranquilo, igual que el día anterior, luminoso y con aires cambiantes. Por consiguiente, no podemos suponer que los insectos fueron alzados por el viento y arrastrados desde la tierra, sino que debemos deducir que alzaron el vuelo de forma voluntaria. En principio, las grandes bandadas de *Colias* parecen proporcionar un caso como aquellos que se han registrado en torno a las migraciones de otra mariposa, la *Vanessa cardui*; pero la presencia de otros insectos hace que éste sea un caso único, y aún menos inteligible. Antes del atardecer un poderoso viento se alzó desde el norte, y esto debió causar que decenas de miles de mariposas y otros insectos perecieran.

En varias ocasiones, cuando el Beagle ha entrado en la boca del Plata, las jarcias han quedado cubiertas con la tela de la araña trepadora. Un día (el 1 de noviembre de 1832) le presté particular atención a este asunto. El clima era bueno y había estado despejado, y por la mañana el aire estaba lleno de jirones de telaraña pelusienta, como en un día de otoño en Inglaterra. El barco se encontraba a sesenta millas de la costa, siguiendo una brisa ligera aunque constante. Un inmenso número de pequeñas arañas, de un décimo de pulgada de largo y de un color rojo oscuro, estaban pegadas a las telarañas. Supongo que debía haber varios miles sobre el barco. La pequeña araña, al entrar en contacto con las jarcias por primera vez, cuelga de un sólo hilo y no de la masa lanuda. Ésta última parece producirse al enzarsarse los hilos individuales. Todas las arañas pertenecían a la misma especie, aunque eran de ambos sexos y tenían crías. Estas últimas podían distinguirse por su menor tamaño y su color más oscuro. No daré la descripción de esta araña, sino que simplemente señalaré que no parece estar incluida en el *genera* de Latreille. Tan pronto como subieron a bordo, los pequeños aeronautas estuvieron muy activos, corriendo

por todas partes, a veces dejándose caer, y más tarde ascendiendo nuevamente por el mismo hilo; en ocasiones se daban a la tarea de formar una pequeña malla informe en las esquinas entre una y otra cuerda. Podían correr fácilmente sobre la superficie del agua. Al ser molestados alzaban sus cuatro patas delanteras, en posición de firme. A su llegada parecían muy sedientos, y ávidamente bebían de las gotas de agua con los *maxillae* extendidos; esta peculiaridad también ha sido observada por Strack: ¿no será acaso el resultado de haber tenido que pasar por una atmósfera seca y enrarecida? Su reserva de tela parecía inagotable. Al observar a algunos de ellos que colgaban de un solo hilo, en varias ocasiones advertí que el más leve soplo de aire se los llevaba sin dejar rastro, en una línea horizontal.

Una noche muy oscura, mientras navegábamos ligeramente al sur del Plata, el mar nos regaló un espectáculo extraordinario e inmensamente bello. Había una brisa suave, y cada parte de la superficie, que durante el día se ve como una espuma, ahora brillaba con una luz pálida. La embarcación levantaba ante su proa un par de olas de fósforo líquido y tras de sí iba dejando una estela lechosa. Hasta donde alcanzaba la vista, la cresta de cada ola brillaba, y el cielo sobre el horizonte, por el resplandor que estas lívidas llamas despedían, no parecía tan completamente oscuro como en la bóveda del cielo.

Al avanzar hacia el sur el mar es rara vez fosforescente; cerca de Cabo de Hornos no recuerdo haberlo visto así más de una vez, y además estaba lejos de ser brillante. Este hecho probablemente está relacionado con la escasez de seres orgánicos en esa parte del océano. Después del detallado trabajo de Ehrenberg sobre la fosforescencia en el mar, resultaría casi superfluo de mi parte hacer algún comentario al respecto. Añadiré, sin embargo, que las mismas partículas irregulares y en pedazos de materia gelatinosa que Ehrenberg describe, parecen ser la causa, tanto en el hemisferio sur como en el norte, de este fenómeno. Las partículas eran tan diminutas que fácilmente atravesaban una gasa fina; aunque eran claramente distinguibles a simple vista. El agua, al ser vertida

en un vaso y agitada, emitía destellos, pero una pequeña porción sobre un vidrio de reloj muy rara vez resultaba luminosa. Ehrenberg afirma que todas estas partículas conservan un cierto grado de irritabilidad. Mis observaciones, algunas de las cuales fueron realizadas inmediatamente después de recoger el agua, arrojaron un resultado distinto. Quizá deba también mencionar que después de usar la red durante una noche, la dejé hasta que quedó parcialmente seca, y cuando doce horas más tarde debí emplearla de nuevo, descubrí que toda la superficie destellaba con el mismo brillo que cuando fue recién sacada del agua. No parece probable en este caso que las partículas se hayan mantenido tanto tiempo con vida. En una ocasión, habiendo conservado una medusa del género *Dianae* hasta su muerte, el agua en la que estaba contenida se tornó luminosa. Cuando las olas emiten destellos de un verde brillante, creo que se debe a la acción de crustáceos diminutos. Pero no hay duda de que muchos otros animales pelágicos, mientras se encuentran con vida, son fosforescentes.

23 de diciembre.— La zoología de la Patagonia es tan limitada como su flora. Sobre las áridas planicies es posible ver algunos escarabajos negros (*Heterómera*) arrastrándose, y ocasionalmente alguna lagartija disparada en zigzag. Entre las aves encontramos tres tipos de halcón de carroña, y en los valles unos cuantos pinzones y comedores de insectos. Un ibis (*Theristicus melanopsis* —una especie de la que se dice que es común en el África central) no es poco frecuente en las zonas más desérticas: en sus estómagos encontré saltamontes, cigarras, pequeñas lagartijas e incluso escorpiones. Durante una parte del año estas aves viajan en bandadas, y en otra en pares; su chillido es muy poderoso y singular, parecido al relincho del guanaco.

El guanaco, o llama salvaje, es el cuadrúpedo característico de las planicies patagónicas; es el representante sudamericano del camello oriental. Se trata de un animal elegante en estado primitivo, con un cuello largo y delgado y patas finas. Es muy común a lo largo de todas las zonas templadas del continente, y se le ve tan al sur como las islas cerca de Cabo de Hornos. Generalmente vive

en pequeñas manadas que van de la media docena hasta treinta animales; pero en las riberas del Santa Cruz vimos una manada de al menos quinientos.

Por lo general son salvajes y extremadamente desconfiados. El señor Stokes me contó que un día vio, a través de su catalejo, a una manada de estos animales, los cuales evidentemente se habían asustado y escapaban a toda velocidad, aunque la distancia era tan grande que no era posible observarlos a simple vista. A menudo el cazador advierte su presencia al escuchar su peculiar relincho estridente a la distancia, dando la nota de alarma. Si entonces mira con atención, probablemente encontrará a la manada inmóvil, en fila sobre la ladera de una colina distante. Al acercarse un poco más, emiten algunos chillidos y arrancan a un medio galope, bastante más veloz de lo que parece, a través de un sendero estrecho hacia algún cerro cercano. Sin embargo, si por casualidad se topara con un animal ya sea en grupo o a solas, el guanaco por lo general se quedará quieto, mirándolo fijamente; luego, quizá avance unas cuantas yardas, volviéndose para mirarlo de nuevo. ¿Cual es la razón de esta diferencia en su timidez? ¿Confundirán, a la distancia, al hombre con su predador principal, el puma? ¿O será que la curiosidad vence a la timidez? El que sean animales curiosos es algo seguro; ya que, casi siempre, cuando una persona se echa al suelo y se pone a hacer payasadas como alzar los pies en el aire, los guanacos gradualmente se aproximan para hacer un reconocimiento. Aquél era un artificio que nuestros cazadores practicaban con frecuencia de manera exitosa, ya que además tenía la ventaja de permitirles realizar varios disparos, los cuales se interpretaban como parte del espectáculo. En las montañas de Tierra del Fuego, en más de una ocasión he podido observar la forma en que el guanaco, al ser abordado, no sólo chillaba y relincha, sino que salta haciendo cabriolas en la forma más ridícula posible, aparentemente en señal de reto o desafío. Estos animales son fácilmente domesticados, y he visto a algunos que han sido criados en el norte de la Patagonia, cerca de una casa, aunque sin yugo. En esta condición son muy descarados, y de buena gana

atacan a los hombres golpeándolos por detrás con ambas rodillas. Se afirma que dichos ataques responden a los celos por la presencia de las hembras. Sin embargo, los guanacos salvajes no tienen ni la más pálida idea de cómo defenderse; incluso un sólo perro basta para retener a uno de estos grandes animales hasta la llegada del cazador. En muchos de sus hábitos, los guanacos se asemejan a los rebaños de ovejas. De modo que si ven a un grupo de hombres que se aproxima a caballo, rápidamente parecen desconcertados, y no saben hacia dónde correr. Lo anterior facilita enormemente el método de caza de los indios, ya que, sin gran esfuerzo, las bestias son empujadas hacia un punto central hasta quedar rodeadas.

Al parecer, los guanacos tienen sitios predilectos para ir a morir. En las riberas del Santa Cruz, en ciertos espacios circunscritos, generalmente de una vegetación densa y siempre cercanos al río, el suelo se había vuelto blanco por los huesos. En uno de esos lugares conté entre diez y veinte cabezas. Examiné los huesos con cuidado; a diferencia de otros fragmentos dispersos que había visto, no parecían rotos ni roídos, como suele pasar cuando son arrastrados por los depredadores. En la mayoría de los casos, antes de morir, los animales debieron haberse deslizado entre y bajo los arbustos.

Un día una balandra al mando del señor Chaffers fue enviada a explorar la parte superior de la bahía, con provisiones para tres días. Por la mañana buscamos algunos abrevaderos mencionados en una vieja carta de navegación española. Encontramos un arroyo de cuya fuente brotaba el hilo delgado de un pequeño reguero (el primero que habíamos visto) de agua salobre. Aquí, la marea nos obligó a esperar por varias horas; y en el intervalo pude caminar algunas millas hacia el interior. Como de costumbre, la planicie estaba cubierta de grava, mezclada con una tierra cuya apariencia era la de la tiza, aunque de carácter muy distinto. Debido a la blandura de estos materiales se había erosionado formando muchas hondonadas. No había un sólo árbol, y a excepción del guanaco parado en la cima del cerro como un centinela de su rebaño, apenas había algún otro animal o pájaro. Todo era silencio

y desolación. Sin embargo, al pasar por estos escenarios, sin un solo objeto brillante a la vista, se despierta una auténtica y poderosa, aunque vaga, sensación de placer. Uno se pregunta cuántas eras ha durado esta planicie, y por cuántas más está condenada a seguir.

Nadie logra responder —todo parece eternidad.
El páramo posee una lengua indiscifrable,
Que nos revela la duda fatal.¹

Por la tarde navegamos unas cuantas millas río arriba y armamos las carpas para la noche. Al mediodía siguiente la balandra había encallado, y dada la poca profundidad de las aguas era imposible seguir avanzando. Habiéndose descubierto que el agua era parcialmente dulce, el señor Chaffers subió dos o tres millas río arriba en la balsa, donde ésta también se atascó, pero esta vez en un río de agua dulce. El agua era lodosa, y aunque el tamaño del arroyo era de lo más insignificante, sería muy difícil explicar su origen, excepto por la nieve que se derrite en la cordillera. En el paraje en el que acampamos estábamos rodeados por arduos precipicios y escarpadas cumbres de pórfido. No creo haber visto nunca un sitio más aislado del resto del planeta que esta hendidura rocosa en la vasta planicie.

¹ Shelley, "Lines on Mt. Blanc".
None can reply—all seems eternal now.
The wilderness has a mysterious tongue,
Which teaches awful doubt.